



Consejo de Seguridad

Distr.
GENERAL

S/13304
8 mayo 1979
ESPAÑOL

ORIGINAL: FRANCES/INGLES

CARTA DE FECHA 7 DE MAYO DE 1979 DIRIGIDA AL SECRETARIO GENERAL POR EL
REPRESENTANTE PERMANENTE DE BENIN ANTE LAS NACIONES UNIDAS

Siguiendo instrucciones de mi Gobierno, tengo el honor de hacerle llegar adjunto un comunicado de prensa de fecha 4 de abril de 1979 y el artículo de Jon Bradshaw sobre el mercenario francés Bob Denard, alias Coronel Morin, alias Gilbert Bourgeaud.

El artículo de Jon Bradshaw, publicado en la revista Esquire del 27 de marzo de 1979, pone en claro la funesta carrera de este mercenario, que dirigió la agresión armada del domingo 16 de enero de 1977 contra la República Popular de Benin.

En el marco de la denuncia de Benin, que el Consejo de Seguridad aún tiene ante sí, tengo el honor de pedirle que tenga a bien hacer publicar el comunicado de prensa y el artículo de Jon Bradshaw como documento del Consejo de Seguridad.

(Firmado) Thomas S. BOYA

Embajador

Representante Permanente de la República
Popular de Benin ante las Naciones Unidas

Anexo I

Comunicado de prensa de fecha 4 de abril de 1979 de la Misión Permanente
de la República Popular de Benin

Carrera funesta de un mercenario francés buscado en toda Africa: Gilbert Bourgeaud, alias Coronel Maurin, alias Bob Denard.

El 6 de enero de 1977, el pueblo de Benin fue víctima de una agresión ejecutada por una horda de mercenarios armados hasta los dientes que dirigía un mercenario francés, el Coronel Maurin, alias Gilbert Bourgeaud, alias Bob Denard.

La humillante derrota de los mercenarios del imperialismo internacional y su estruendoso fracaso han sido objeto de continuos análisis e investigaciones por parte de numerosos especialistas: se han publicado importantes artículos de fondo sobre este tema en muchos periódicos de todo el mundo.

El artículo de Jon Bradshaw, publicado en la revista Esquire del 27 de marzo de 1979, aunque hace una especie de apología del mercenario, pone en claro la carrera criminal de Bob Denard, asesino a sueldo del imperialismo internacional.

Jon Bradshaw, que ha reunido muchos detalles sobrecogedores y significativos de la vida de Bob Denard, creación e instrumento del imperialismo internacional en su funesto designio de reconquista colonial y quebrantamiento de los regímenes progresistas y antiimperialistas de Africa, revela hechos que conducen a la reflexión. La flagrante colusión de los medios imperialistas y colonialistas de occidente hacen de Bob Denard un agente ejecutor de los crímenes de los servicios secretos occidentales contra los pueblos africanos oprimidos.

Todos los pueblos amantes de la paz y la justicia deben conocer claramente las artimañas de este mercenario francés muy buscado hoy en Benin por sus odiosos crímenes contra nuestro pacífico pueblo, Bob Denard, lacayo del imperialismo y del colonialismo.

Se adjunta fotocopia del artículo completo de Jon Bradshaw publicado en la revista Esquire.

Victoria al pueblo,

Mueran los mercenarios del imperialismo,

Listos para la Revolución y la Lucha continúa.

Anexo II

EL HOMBRE QUE QUERIA SER REY

Robert Denard es un mercenario francés. El año pasado invadió las Islas Comoras, situadas frente a Africa, y asumió el control ...
por Jon Bradshaw*

(Jon Bradshaw es articulista de Esquire Fortnightly. Su último libro, titulado Fast Company, es un relato sobre seis jugadores.)

I

Esta vez le quedaban pocas esperanzas. Había llegado al fin. Se le había terminado la suerte. Peor aún, pronto cumpliría 50 años. Robert Denard estaba en la desordenada oficina de su agencia de ventas y servicios Citroën. Afuera, el tráfico congestionado resonaba en la carretera a Burdeos. Se atusó el bigote y se puso a soñar, esperando que su gerente le presentara las cuentas mensuales.

En el transcurso de los años, Denard había luchado en siete guerras distintas como soldado profesional o, como dicen los periódicos, mercenario; era uno de les affreux, los terribles. En toda el Africa negra lo conocían como Le Colonel. Había recibido cinco heridas. Cojeaba. Sufría de ataques recurrentes de paludismo. Tenía una esposa, una congoleña de piel clara. Tenía un hijo. Tenía cuentas bancarias secretas en el Gabón, Ginebra y Luxemburgo. Le iba bien en su agencia Citroën. Pero, ¿de qué servía eso? No era mucho. Y nunca había esperado terminar sus días en el comercio.

Denard jugó nerviosamente con el brazalete de pelo de elefante que siempre llevaba en la muñeca derecha. Era bien parecido: un gascón de nariz aguileña, pelo castaño corto, canoso en las sienes, y ojos azules que siempre parecían calmos y fríos. Denard era lo que los franceses llaman un baroudeur, un aventurero. Creía que los hombres eran producto de las circunstancias; había madurado durante la ocupación alemana de París. Después, siempre había habido guerra para él. Había sido artillero de la infantería de marina en Viet Nam, policía en Marruecos, legionario en Argel, mercenario en el Yemen y el Congo. Durante mucho tiempo se había complacido en decir: La guerre c'est mon métier. Ahora, la frase le parecía pura fanfarronada.

No obstante, recordaba todo muy bien. Incluso en Burdeos, el Congo lo acompañaba siempre. En el Congo había asumido su primer comando y adquirido una reputación de valor y sangre fría. En la batalla de Kolwezi contra fuerzas de las Naciones Unidas, superiores en número, había resistido durante días con su pequeña banda de mercenarios, causando grandes bajas antes de escurrirse a Angola a través de la frontera. Posteriormente, en 1966, él y sus mercenarios habían defendido Stanleyville contra los catangueses amotinados, habían expulsado a los rebeldes de la ciudad y los habían destruido en Maniema.

* Artículo tomado de la edición del 27 de marzo de 1979 de Esquire.

Recordaba claramente cada escaramuza, cada emboscada y cada ataque, la forma en que habían cruzado en sus jeeps la humedad opresora de la selva con la pesada ametralladora montada en la parte de atrás, la forma en que habían penetrado en las aldeas enemigas, con la moral tan alta que atacaban de pie en sus vehículos. Todavía podía escuchar el fragor de los morteros, el fuego de las ametralladoras y los fusiles automáticos. Todavía podía ver cómo se aproximaban las olas de catangueses vociferantes, narcotizados con chanvre, que, según creían, les proporcionaba el dawa o magia que permitía que las balas los traspasaran sin herirlos; y después, al fin de la batalla, los montones de cadáveres de negros a lo largo del camino de la selva, a veces tan compactos que los jeeps no podían pasar si no se arrojaban los cadáveres a la maleza. Había matado ... ya no podía recordar a cuántos había matado.

En esa época, siempre lo había acompañado lo que los árabes llaman báraka, palabra que significa suerte. Pero la baraka era en realidad más que suerte; era una especie de invencibilidad. Creía en ella con la fe extraña y obstinada de los supersticiosos. También creían en ella sus hombres, el pequeño grupo de 30 ó 40 mercenarios que había adiestrado en el Congo, conducido a la guerra en el Yemen y llevado de regreso al Congo. Sus hombres creían que tenía una gran veta de baraka, poderosa no sólo para él, sino también para ellos, y que nunca se agotaría. Pero en julio de 1977, mientras inspeccionaba a sus soldados atrincherados a lo largo del Río Congo, recibió una herida de bala en la cabeza. Lo llevaron a operarlo a Rhodesia en un DC-3 robado. Le extrajeron la bala, pero quedó con la pierna derecha parcialmente paralizada y durante muchos meses caminó con un bastón.

Para entonces, la guerra en el Congo casi había terminado. En noviembre de 1967, sólo recuperado en parte y todavía obligado a usar bastón, él y 16 de sus hombres entraron en el Congo desde Angola a fin de apoyar el motín del mercenario belga Black Jean Schramme contra el Gobierno del Congo. Carentes de transporte, llegaron al Congo en bicicletas. En una serie de emboscadas súbitas, perdieron cuatro hombres y se vieron forzados una vez más a retirarse a Angola. Estaba acabado; sus días en el Congo terminaban en la derrota y la ignominia. Se dio cuenta de ello muy claramente ese otoño. Al enterarse de que habría apoyo francés clandestino pero oficial para un grupo de mercenarios en el reciente estallido bélico en Biafra, ofreció sus servicios; empero, su reputación estaba empañada y, a pesar de sus intrigas, lo rechazaron como posible líder. Era el golpe final, según creyó entonces, y se retiró a Burdeos.

Desde fines de 1967, Denard había sido uno de los agentes de confianza de Jacques Foccart, entonces secretario general encargado de asuntos africanos de la Presidencia de la República Francesa. Nombrado para ese puesto por el Presidente de Gaulle en 1961, Foccart se había convertido rápidamente en la eminencia gris de las actividades secretas de Francia en Africa. Llamado Le Phoque (la foca), Foccart había sido uno de los líderes del Servicio de Acción Cívica, una organización partidaria de de Gaulle, cuya especialidad era jugar malas pasadas a los partidos izquierdistas de Francia. Ahora, independiente de los servicios oficiales, Foccart había tomado a Africa como feudo personal.

A principios del decenio de 1960, en una época en que las naciones africanas estaban adquiriendo la independencia, el régimen de de Gaulle apoyaba a los políticos africanos partidarios de Francia o dependientes de ella, especialmente en sus antiguas colonias. La independencia era necesaria, incluso aceptable, pero de Gaulle, Foccart y el propio Denard seguían creyendo en la eficacia del Imperio Francés. Con ese fin, Francia usaba sus servicios secretos para combatir las amenazas que para sus intereses representaban las organizaciones políticas africanas extremistas en sus antiguas colonias. Así, cuando había movimientos secesionistas o recursos minerales o petroleros importantes en peligro, Foccart y, en consecuencia, Denard intervenían activamente. Denard era el peón de Foccart y se movía por Africa según conviniera.

Las actividades de Foccart en Africa tenían su centro en el Gabón. Foccart y el Presidente Albert Bongo del Gabón habían sido aliados durante mucho tiempo. Foccart había ayudado a Bongo a fomentar un golpe militar en febrero de 1964. También había intervenido en la muerte de Léon Mba, principal opositor político de Bongo, que había sido secuestrado al salir de un cine en Libreville en 1968 y a quien nunca se había vuelto a ver. Se decía que Denard había matado a Mba personalmente, despedazándolo con un machete.

A fines de 1967, con el pseudónimo de Coronel Gilbert Bourgeaud (aunque ocasionalmente usaba el nombre de Coronel Jean Maurin), Denard había sido contratado por el Presidente Albert Bongo como asesor e instructor técnico de la guardia de palacio. Sin embargo, su verdadera función era ayudar a formar un grupo denominado Grupo de Intervención Extranjera, integrado por mercenarios europeos y africanos, adiestrarlo para luchar contra la guerrilla urbana y el terrorismo. Durante los últimos años del decenio de 1960 y los iniciales del de 1970, Denard pasó la mayor parte del tiempo en Gabón. Con la elección de Valéry Giscard d'Estaing en 1974, Jacques Foccart cayó "oficialmente" en desgracia política. Sin embargo, siguió recibiendo a dirigentes africanos en París y a menudo fue huésped de ellos en Africa. Más importante aún, la red que fundó en Africa sigue funcionando. Se compone de más de 3.000 hombres y se conoce solamente como les gars de Foccart, los "muchachos" de Foccart. En Africa, la organización es tan poderosa como la SDECE (Service de Documentation Extérieur et de Contre Espionnage), el equivalente francés de la CIA.

En julio de 1975, Denard recibió nuevas órdenes de marcha, esta vez a las Islas Comoras. Las Comoras, situadas en el Océano Indico entre Madagascar y Mozambique, eran la dependencia más pobre de Francia. Las cuatro pequeñas islas tienen una población de unos 370.000 musulmanes de descendencia africana y árabe mezclada. Sobreviven principalmente merced a la exportación de vainas de vainilla, clavos de especia, un poco de copra y una planta rara llamada ylang-ylang, indispensable para fabricar muchos de los perfumes franceses. Un lugar pobre y poco propicio, las Comoras tienen un ingreso per cápita inferior a 153 dólares anuales. Sin embargo, las islas eran de importancia estratégica para Francia, a causa de hallarse situadas en el extremo septentrional del Canal de Mozambique, por el cual pasaban con su carga de petróleo todos los grandes barcos cisterna procedentes del Golfo Pérsico, bordeando el Cabo de Buena Esperanza rumbo a las capitales occidentales.

El 6 de julio de 1975, el Parlamento de las Comoras declaró unilateralmente la independencia y nombró Presidente a Ahmed Abdallah, con lo cual puso fin a 132 años de dominación francesa. Casi un mes más tarde, Denard y varios mercenarios llegaron de noche a las Comoras, capturaron a Ahmed Abdallah e instalaron a Ali Soilih, jefe de la oposición, como nuevo Presidente de las Comoras. Ahmed Abdallah se exilió en Francia. Denard se quedó para adiestrar a los 1.600 hombres del ejército comorano. Pasó a alrededor de dos meses en las Comoras y paulatinamente comenzó a mirar las islas como su propio reino. No era el rey, por supuesto, pero el rey era su obra. Fueron días maravillosos para Denard. Ali Soilih seguía sus instrucciones. Denard se ocupaba de los asuntos militares; se bañaba, tomaba sol y pasaba el tiempo con las muchachas del lugar. Al fin, todo estaba en orden. El golpe de las Comoras le había devuelto la confianza en sí mismo; pensaba que nada podría volver jamás a refrenarlo. Ese otoño se le encargó una nueva misión, pero, cuando partió hacia Gabón, se prometió que un día regresaría.

Durante los meses siguientes, permaneció en Africa cumpliendo algunas turbias diligencias para Jacques Foccart y para la CIA. En el otoño de 1975, reclutó 30 mercenarios para apoyar a Mobutu, Presidente del Zaire, en la invasión de Cabinda, zona rica en petróleo. La invasión fracasó. A principios de 1976, la CIA le pagó 500.000 dólares para que reclutara 20 mercenarios en apoyo de las fuerzas de la UNITA, organización derechista, durante la guerra de Angola. Los mercenarios no cumplieron su contrato de seis meses. Denard se sintió molesto, pero, como se trataba de reveses sin importancia, siguió pensando que su baraka no había cambiado.

En la mañana del domingo 16 de enero de 1977, Denard y 91 mercenarios se encontraban a bordo de un cuatrimotor DC-7, sin marcas, en ruta de Libreville, en Gabón, a Cotonou, en Benin, que es una pequeña república "marxista-leninista" situada en la costa occidental de Africa. El grupo de mercenarios se llamaba Fuerza OMEGA, y Denard, su jefe, viajaba con su seudónimo habitual de Coronel Gilbert Bourgeaud. El grupo, adiestrado en Benguerir, una base militar situada cerca de Marrakech, en Marruecos, se había trasladado en avión, el día anterior, de Marruecos a Gabón.

El objetivo de la Fuerza OMEGA en Benin era "eliminar el régimen actual, para instalar un grupo nuevo perteneciente al Frente de Liberación y Rehabilitación de Dahomey [Benin] y capturar y neutralizar al Presidente". Denard calculaba que el golpe de Estado llevaría tres horas como máximo. Con Denard se encontraba Gratién Pognon, ex Embajador de Benin en Bruselas y agente del SDECE de larga data. Pognon debía ser el nuevo Presidente de Benin. Llevaba en el bolsillo el texto de su discurso triunfal. El discurso comenzaba: "De pie, hijos de Dahomey. El tirano ya no existe". A las siete de la mañana - por una avería ocurrida en Gabón, iban con una hora de retraso - el viejo DC-7 volaba a baja altura sobre la ensenada de Benin y aterrizaba en el pequeño aeropuerto de Cotonou.

Mientras el avión carreteaba, Denard vio un tanque que avanzaba lentamente hacia ellos por la pista. El avión giró y se detuvo. Se extendieron dispositivos de bajada desde las puertas y los mercenarios se deslizaron a tierra. Instalaron un mortero de 81 mm cerca del ala de estribor; al segundo disparo, inutilizaron el tanque. Quince minutos más tarde, el aeropuerto estaba en sus manos. Sólo había

cinco soldados de servicio, a tres de los cuales derribaron a tiros. Los otros dos y siete técnicos del aeropuerto fueron tomados como rehenes. Denard instaló su estado mayor en la terminal principal y despachó a sus hombres en tres unidades separadas al palacio presidencial, situado a dos kilómetros y medio de distancia.

De los techos del Ministerio del Interior y de un edificio de departamentos de cinco pisos, los mercenarios comenzaron a bombardear el palacio con morteros de 81 mm. Una de las bombas dio en el techo del palacio justo encima de la cama del Presidente, pero éste había pasado la noche en su residencia particular a cinco kilómetros de distancia. El fuego de los mercenarios fue devuelto por la guardia de palacio, que rápidamente se agrupó en el techo. El fuego desde el palacio fue nutrido y preciso, y los mercenarios no pudieron avanzar. Tres horas más tarde, apoyados por 200 hombres de un campamento militar cercano, la guardia de palacio contraatacó; lentamente, los sorprendidos mercenarios se vieron obligados a retirarse.

Unos minutos después, la retirada se convirtió en una fuga desordenada. Docenas de civiles blandiendo machetes se unieron a los soldados que avanzaban. Los mercenarios se dispersaron y huyeron hacia el aeropuerto, efectuando disparos al azar por sobre el hombro. En el aeropuerto, Denard estaba aturdido. Saliendo del edificio de la terminal, vio a sus hombres en plena huida y, más lejos, a los benineses que avanzaban. Sin pensar, y asiéndose fuertemente la pierna lesionada, se unió a ellos en su carrera hacia el avión. El DC-7 carreteaba y se movía lentamente por la pista, con los mercenarios corriendo a su lado, hasta que uno por uno fueron arrastrados y subidos a bordo. Dos mercenarios resultaron muertos, y un joven mercenario belga recibió un tiro en el brazo, que más tarde le fue amputado.

De alguna manera el DC-7 logró despegar sin recibir ningún disparo directo. Sentado en la parte posterior del avión, Denard veía, abajo, a los soldados benineses que saltaban y blandían sus fusiles en el aire. Sólo más tarde descubrió que, en su pánico, los mercenarios habían dejado sus morteros y ametralladoras y un transmisor de radio de 300 vatios, y que él se había olvidado el portafolios con fotografías de los mercenarios, su verdadero nombre, su dirección y sus papeles bancarios, así como planes detallados para el golpe de Estado. Se sintió enfermo. Jamás se había sentido peor.

Había sido un fracaso terrible. Su baraka finalmente lo había abandonado. En los meses siguientes, muchos de sus hombres, que le habían sido leales durante años, lo abandonaron para participar en otras campañas con otros comandantes. En 1977, había guerras suficientes para mantenerlos ocupados. Algunos fueron a Rhodesia, otros a Somalia y a Arabia Saudita, y otros a Tailandia y el Chad. Denard volvió a Burdeos.

Ahora, sentado en la desordenada oficina de su agencia Citroën, volvió a repetir la sombría letanía de derrotas, mientras esperaba que su gerente le presentara las cuentas mensuales. Una vez había habido hechos heroicos; ahora, solamente autos Citroën. Cuando terminó de trabajar, a las cinco de la tarde, recorrió en auto los 60 km que lo separaban de su casa, situada en el pueblo de Lesparre. Durante la cena, su mujer le dijo que esa tarde le habían hecho una llamada de urgencia de París. Denard respondió que ya no creía en asuntos de urgencia.

II

Ali Soilih estaba muy complacido de ser jefe de Estado. A pesar de sus convicciones socialistas, también le gustaba imaginarse en el papel de rey, el tipo de rey que iba a guiar a sus súbditos por la senda difícil de los planes quinquenales y las reformas proletarias con celo monárquico. Ah, ser rey. Aunque el reino no fuera más que las Islas Comoras, cuatro grumos de resaca endurecida flotando en el mar inaccesible.

Noche tras noche, se asomaba a la gran ventana del palacio presidencial y contemplaba las luces de lo que los folletos locales llamaban "las islas perfumadas". Encendía la pipa llena de bange, la marihuana local, y soñaba con los nuevos edictos, decretos y reformas constitucionales que podría poner o no en vigencia al día siguiente. De vez en cuando, pensaba en Robert Denard. Después de todo, sin Denard no estaría ocupando ahora su encumbrada posición. Ali Soilih estaba contento de que Denard hubiera ido a las Comoras; y más contento todavía de que se hubiera marchado. Hombre útil, este Denard, pero sin corazón ni sentido político. Un alborotador.

Desde la ventana del palacio, Ali Soilih alcanzaba a ver la aldea donde había nacido. Había vivido 16 años en esa aldea. Había ido a la escuela, había concurrido con regularidad a la mezquita, aprendido el Corán y, los fines de semana, había trabajado en el sembrado de cebollas de su padre. A los 16 años se había marchado a Madagascar para estudiar en la escuela de agricultura. A los 23, había estudiado en París durante un año con una beca; estaba previsto que estudiara agronomía, pero pasaba el tiempo descubriendo los misterios de la economía y el socialismo. No había aprobado los exámenes, pero, al volver a las Comoras, le dieron de todos modos el título de ingeniero agrónomo. Se trasladó a Moroni, la capital. Contra los deseos de su madre, se dedicó a la política. Su madre creía que los hombres que se dedicaban a la política en Africa terminaban en la cárcel. Se compró una bicicleta, se casó y tuvo dos hijos. Sus perspectivas eran pocas, pero estaba lleno de planes.

Para 1970, Ali Soilih era el líder de la oposición, contra el partido conservador que encabezaba Ahmed Abdallah. Cuando en 1975 se declaró la independencia unilateral, Ali, que siempre había abogado por lazos más estrechos con Francia, fue abordado por agentes de Jacques Foccart. Creían que Ali podría ser un jefe de Estado más comprensivo. Ali Soilih también lo creía. Cuatro semanas más tarde, Robert Denard y sus mercenarios llegaron a las Comoras. Después del golpe de Estado, Ali Soilih, ahora cuarentón, regordete y calvo, fue conducido colina arriba hasta el palacio.

Nadie es capaz de recordar ahora en las Comoras en qué momento el agrónomo benevolente empezó a cambiar, a cambiar a tal punto que en menos de dos años sus críticos más irreverentes se referían a Ali como el "loco de Moroni". Había habido indicios tempranos. A pesar de la necesidad apremiante de azúcar, arroz y remolachas en las Comoras, Ali Soilih, en su tercer día como jefe de Estado, encargó a París 10.000 bastones a fin de mantener en línea a sus revoltosos súbditos. Varios meses más tarde, desterró a su mujer de palacio y lo sustituyó por tres adolescentes. La favorita de Ali era una bonita muchacha de Madagascar llamada Mazna,

que había trabajado como mucama en un hotel local. Después de la mudanza de Mazna al palacio, los ruidos de juerga se oían hasta en la aldea de Ali. Ali y las tres muchachas fumaban bange, bebían coñac y se quedaban hasta altas horas de la noche viendo películas norteamericanas. Con el tiempo, las reuniones de gabinete a media mañana se fueron aplazando para el mediodía.

Al atardecer, Ali Soilih bebía té de menta en el porche del palacio, mientras proclamaba solemnes decretos radicales, destinados a modificar la mentalidad del pueblo, para que pasara de las actitudes feudales coloniales a un socialismo progresista. Comenzó a nacionalizar todo, desde los taxímetros hasta las piraguas de pesca. Bajó la edad de voto a los 14 años y elevó a adolescentes semianalfabetos a puestos de importancia, en algunos casos hasta de ministros auxiliares. Se volvió particularmente rencoroso hacia los franceses. Después de más de 130 años de dominación, no habían dejado nada de valor: unas pocas escuelas, ningún hospital, ningún trabajo de arquitectura. Todo lo que habían hecho, según Ali Soilih, era manipular y explotar a su pueblo. Durante su primer año en el poder, Ali despidió a los 3.500 empleados públicos y quemó en una hoguera en la plaza del pueblo más de un siglo de registros de la administración francesa. Para 1978, todo lo francés había sido abolido, excepto el idioma y la pequeña lonadería, que continuaba produciendo 500 baguettes por día.

Francia, en represalia, canceló su programa de ayuda de 18 millones de dólares anuales. Después de eso, todo empezó a andar mal. La isla fue asolada por una epidemia de cólera. Los pescadores no encontraban pescado. Karthala, el volcán que se levanta casi 2.900 metros en la Gran Comora, entró en erupción por primera vez desde 1918. Ese primer año, la estación de las lluvias no llegó. Los presagios no eran favorables.

Pero la revolución cultural estaba ahora en pleno avance. Aunque Ali Soilih fumaba bange con regularidad, prohibió su uso en las islas. Creó el Comando Moisés, un grupo selecto de jóvenes, organizado según el modelo de la Guardia Roja; sus integrantes, que usaban camisas y pañuelos rojos, vagabundeaban por las calles de Moroni intimidando al populacho. Como recientemente Ali se había hecho ateo, se prohibieron las fiestas de bodas y se vedó el uso del velo a las mujeres musulmanas. "No pueden usar velo", decía Ali Soilih, "y manejar al mismo tiempo un tractor", pasando por alto el hecho de que no había tractores en la isla.

Durante su segundo año de gobierno, Ali Soilih instaló altoparlantes en las aldeas más importantes a fin de que sus súbditos se vieran obligados a oír sus complicados discursos. Tenían gran predilección por el himno comorano; cada vez que se propalaba por los altoparlantes, todos sus súbditos, aún aquellos que estuvieran conduciendo automóviles, tenían que cuadrarse inmediatamente. La desobediencia era un delito punible. Ali decidió luego que su nombre debía ser loado junto con el de Alá en todas las mezquitas de la isla. El gran muftí asintió a regañadientes, pero en la pequeña isla pesquera de Iconi los virtuosos se negaron a dejarse intimidar. Ali Soilih envió sus tropas; 12 aldeanos resultaron muertos y más de 100 quedaron heridos o mutilados.

En enero de 1978, el moirlimou de Ali Soilih, su hechicero, tuvo una visión clara y alarmante. A la mañana siguiente se apresuró a ir a palacio e informó a Ali de que, antes de que pasaran seis meses, sería arrancado de su trono por un hombre acompañado de un perro. Ali Soilih, que no bromeaba con el destino, despachó soldados a los cuatro puntos cardinales de su reino con la orden de dar muerte a todos los perros. Los soldados los mataban directamente a garrotazos, o ataban los animales a la parte trasera de las camionetas y los arrastraban por las calles hasta que se morían. Nadie sabe exactamente cuántos fueron los perros muertos: algunos dicen 50; otros dicen 60.000. Lo cierto es que no quedó uno solo vivo.

Ahora hacía casi 34 meses que Ali Soilih se hallaba en el poder. El reino estaba en la indigencia, pero Ali creía que las ruedas del gobierno giraban sin tropiezos. Pocas veces se dejaba ver, a menudo no salía del palacio durante meses enteros. Jugaba con sus muchachas, proclamaba nuevos decretos y contaba a sus ministros adolescentes que el camino ya se encontraba preparado y que su visión era vívida, sin nubes que la ensombrecieran.

Un sábado por la noche, el 13 de mayo de 1978, Ali Soilih hizo una inesperada visita a la Mezquita de los Viernes. Entró en la sala central de oración sin quitarse los zapatos e indicó al gran muftí que convocara inmediatamente a Alá. A tan breve plazo, resultó imposible hacerlo. Entonces Ali dijo al gran muftí que convocara a Ali Soilih. El gran muftí lo miró perplejo. Riendo, Ali Soilih le dijo: "Ves, ya estoy aquí. Yo existo. Yo no soy una fantasía".

Después de dar esta prueba irrefutable, regresó al palacio en su coche. Fumó una pipa y pasó el resto de la velada bebiendo coñac con un importador de chucherías religiosas. En un momento dado, mucho después de medianoche, Ali Soilih cayó en un sueño plácido en brazos de Mazna, su concubina favorita.

III

Denard no podía dejar de pensar en la llamada de urgencia; en cuanto terminó la cena, se comunicó con París inmediatamente. La persona que lo había llamado era Ahmed Abdallah, ex Presidente de las Comoras a quien Denard había depuesto hacía casi dos años. Ahora, en marzo de 1977, Abdallah sugirió que Denard fuera a París lo antes posible. Tenía una propuesta que, a su parecer, a Denard le resultaría interesante y lucrativa. Convinieron en encontrarse en el apartamento de Abdallah, en el distrito 160. a la tarde del día siguiente.

Después de dos años de exilio, Ahmed Abdallah quería que le restituyeran su país. Cuando Denard le preguntó por qué lo había buscado a él, Robert Denard, precisamente el hombre que le había arrebatado las Comoras, Abdallah explicó que si una persona había empleado siempre los servicios del mismo médico y los niños volvían a enfermarse, no existía motivo para buscar un nuevo médico. Por otra parte, los golpes de Estado eran la especialidad de Denard.

En París, los dos hombres llegaron a un acuerdo rápido y amistoso. Sabían que los servicios secretos franceses no se opondrían a su proyecto; en realidad, Jacques Foccart ya le había asegurado esto a Denard. Denard calculaba que llevaría un año hacer los preparativos necesarios y que los gastos ascenderían aproximadamente a 1.500.000 dólares. Luego Denard hizo algo extraño, algo que seguramente ningún mercenario había hecho antes. Dijo que quería realizar una inversión en la empresa, que estaba dispuesto a hipotecar su agencia de ventas y servicios Citroën, la cual, según sus cálculos, valía unos 700.000 dólares. Abdallah aceptó y señaló que cabía esperar fondos adicionales de Mohammed Ahmed, su ex copresidente. El propio Abdallah hipotecaría sus dos apartamentos en París. Entre los tres asociados reunirían fondos suficientes para derrocar a Ali Soilih.

Denard encontró satisfactorio el proyecto. No dijo nada a Abdallah, pero decidió que, si el golpe de Estado tenía éxito, no se iría nunca de las Comoras. Sabía que estaba demasiado viejo para la guerra; ya no encontraba interés en ella. Quería retirarse, de preferencia en algún lugar de Africa, y ahora, en forma totalmente fortuita, se le presentaba un santuario. Su ofrecimiento de ayudar a sufragar los gastos del golpe había sido sincero. Pero Denard sabía también que recuperaría su inversión personal una vez que él y sus hombres tomaran el tesoro público. Elaboraría cuidadosos planes. Esta vez, no habría tanques, ni ejércitos esperándolo cuando llegara. Tomaría al pequeño reino y permanecería allí, tal vez, como rey, por lo menos como comandante.

Los dos hombres redactaron con contrato formal que incluía un presupuesto detallado: Abdallah convino en pagar a Denard y a sus "técnicos" en dólares de los Estados Unidos. Recibirían su paga en tres partes: un adelanto previo a la operación, un pago posterior a la operación, después del golpe, y un pago final cuando los técnicos partieran. Abdallah estaba ansioso por comenzar. Sus nueve hijos y muchos de sus amigos y parientes habían sido encarcelados por Ali Soilih. No consideraba que la empresa fuera un golpe de Estado, sino una tarea de liberación.

Denard inició sus preparativos esa misma semana. Lamó a dos mercenarios que, pese a sus recientes reveses, le habían permanecido fieles: el capitán Philippe Gérard y el Mayor Guy Cardinal. Los dos hombres lo habían acompañado en el desastroso viaje a Benin. Denard calculó que necesitaría una fuerza de 50 hombres. Decidió publicar anuncios en el diario Le Figaro de París y siete u ocho diarios de provincia. La publicidad no es un buen método para reclutar efectivo. Atrae a ex presidiarios, matones profesionales y desempleados. Pero ya se había corrido la voz en los bares que los mercenarios solían frecuentar Le Paris, La Taverne d'Alsace y Le Lord Byron situados cerca de los Champs Elysées, y Le Temps Perdu, en St-Germain, y se habían recibido pocas manifestaciones de interés. De manera que la publicidad era necesaria. El anuncio era sencillo: en él se indicaba que una empresa extranjera necesitaba hombres con excelentes antecedentes militares a fin de estudiar y explotar recursos petroleros en el extranjero. Los riesgos eran mínimos, el sueldo era bueno, unos 4.000 dólares por dos meses de trabajo. El anuncio se repitió dos veces y apareció durante una semana en cada caso en mayo de 1977.

Más de 1.000 hombres respondieron al anuncio. Las entrevistas tuvieron lugar en París, Lyon y Marsella, y se calificó a los candidatos como buenos, regulares e inaceptables. Denard se negó a aceptar hombres cuyas convicciones políticas fueran izquierdistas. Sus antecedentes militares tenían que ser excelentes y preferiblemente recientes. La persona ideal era un hombre en buen estado físico, de 30 años, que tuviese experiencia militar como paracaidista. Denard no hizo la menor concesión, y actuó de estricta conformidad con su dicho favorito: Un ejército es como un reloj; si una pequeña pieza falla, todo falla.

Para fines de otoño, Denard había seleccionado 45 técnicos: 39 franceses, un alemán y cinco belgas integrarían su principal fuerza de asalto. Habían participado en combates en lugares como el Congo, el Líbano, Somalia, Biafra, Argelia, Angola, Cabinda, Benin, Viet-Nam, el Sudán, Rhodesia y el Chad. Con esos hombres, Denard pensaba que podría haber capturado Carcasona.

Su plan inicial era viajar a las Comoras por avión. Pero los aviones eran costosos y difíciles de adquirir. Pocos países permitirían que 50 mercenarios partieran de su territorio con destino desconocido. Y, más importante aún, Denard no había olvidado a Benin. Así, pues, decidió ir en barco.

Denard recordaba la playa de Lagengete en las Comoras. Esta playa, situada aproximadamente a un kilómetro y medio al norte de Moroni, estaba cerca del comienzo de la carretera que iba al palacio. No había casas cerca de ella, y la bahía era ancha y profunda. Constituía un perfecto lugar de desembarco. Denard decidió no fletar un barco, pues ello exigiría depender de la buena voluntad y la ayuda de un capitán y una tripulación a quienes no conocía. No, tendría que comprar una embarcación apropiada para navegación marina, que por lo general pasara largos períodos en el mar. Ese otoño, Denard visitó a su viejo amigo el Comandante Pierre Guillaumat.

Guillaumat, ex legionario de la OAS, era conocido como Le Crabe-Tambour. Una película sobre sus proezas había tenido cierto éxito en París en 1977. Pero todo esto ya pertenecía al pasado. Guillaumat ahora administraba una importante empresa

marítima mercantil en París, con intereses en la perforación de pozos de petróleo frente a las costas. Los dos hombres conversaron y Guillaumat aseguró a Denard que oportunamente encontraría una embarcación adecuada.

En septiembre, Guillaumat llevó a Denard a Brest, en la costa de la Bretaña, y le mostró el posible buque, un chalutier (pesquero) azul, de 30 años, llamado Athenée. El buque se utilizaba para expediciones de pesca a larga distancia y navegaba hasta el archipiélago de Desolación o Kerguelen, en la parte meridional del Océano Indico. Los documentos del buque estaban en orden. Se hallaba registrado en la Gretaña y se vendía por 70.000 dólares. Habría que hacerle algunos cambios, para dar cabida a los 46 mercenarios, pero Denard se sintió satisfecho. Guillaumat dispuso la compra del buque por intermedio de su empresa e ideó una misión legítima para éste: obtuvo un contrato con una empresa argentina de especulación en petróleo, que indicó que el Athenée llevaría a cabo tareas de investigación relacionadas con la prospección de petróleo frente a las costas de la Argentina.

Mientras tanto, Denard y sus dos oficiales de más alta graduación se dedicaron a adquirir otros suministros. Compraron doce bengalas de magnesio, cuatro pares de anteojos de larga distancia para uso nocturno y cuatro radioteléfonos portátiles de gran potencia. En París, Denard compró tres embarcaciones de desembarco de goma inflables - una embarcación de comandos negra Zodiac y dos embarcaciones verdes Sillinger con motores Johnson de 50 caballos de fuerza y silenciadores de goma. Esas pequeñas embarcaciones se usarían para transportar a los mercenarios del Athenée a la playa.

En una elegante tienda de artículos deportivos de la Ribera Derecha, Guy Cardinal compró las armas que iba a necesitar el grupo de asalto. Su plan de ataque se basaba en dos axiomas sencillos que había aprendido diez años antes en el Congo: el primero, los soldados africanos tienen temor a luchar en la oscuridad y el segundo, hay que sorprender. Por lo tanto, atacarían de noche y usarían armas exactas y ruidosas. Con ese fin, Cardinal compró 50 escopetas - 25 escopetas Remington Brushmaster de calibre 12 con los cañones recortados y 25 escopetas automáticas Baretta de calibre 12. Compró también cuatro Winchesters 45?, usados habitualmente para la caza de elefantes. Como estas armas eran para exportación se dejaron en depósito hasta que se sacaran del país.

En la mañana del viernes 25 de marzo, después de haber recibido sin problemas la autorización de aduanas e inmigración, el Athenée se alejó del muelle de Brest y navegó hacia el Canal de Goulet. Una hora más tarde viró al sur, hacia el Océano Atlántico. Sólo entonces envió Denard un mensaje cifrado a Ahmed Abdallah, que se encontraba en París, en que le informaba que habían salido del puerto y estaban en viaje. Con Denard había a bordo 20 mercenarios de civil. Uno de ellos, René, haría de cocinero. En el último minuto, René decidió traer consigo su perro belga alsaciano, Raki. A pesar del mal tiempo, el perro rondaba por la proa del barco y ladraba a las gaviotas que se acercaban a comer desperdicios.

El Athenée tomó rumbo al sur, a Las Palmas en las Islas Canarias. Allí se embarcarían otros suministros y los 26 mercenarios restantes, que pasarían por

marineros y utilizarían sus propios pasaportes. A los dos días de navegación en el Atlántico Norte, el Athenée se encontró con ventarrones fuertes. Tardó casi una semana en llegar a Las Palmas, donde recaló el 31 de marzo en la noche.

El Athenée permaneció en Las Palmas 15 días durante los cuales se repararon los daños que había sufrido el sistema del timón y el casco y se embarcaron suministros para un viaje de tres meses. Se necesitaba mucho menos que eso para llegar a las Comoras, pero Denard quería tener suministros adicionales para el caso de que la misión fallara y se viera obligado a retirarse a algún puerto distante. Se instaló una máquina de lavar y se embarcaron alimentos y equipo médico; también se embarcaron raciones adicionales de cigarrillos y 20 cajones de vino. Entre los suministros había 24 botellas de Don Pérignon para celebrar lo que los mercenarios esperaban sería un golpe de Estado triunfante. Como Las Palmas es un puerto internacional con mucho tráfico marítimo y cambios habituales de tripulación, los otros 26 mercenarios no tuvieron problemas para embarcarse sin llamar la atención. El 15 de abril, tres horas después de que se hubo embarcado el último mercenario, el Athenée partió con destino a la Argentina.

Durante la navegación había poco o nada que hacer. Algunos de los mercenarios trataron de pescar, sin éxito. Instalaron una gran tienda en la popa del barco para protegerse del sol africano y de los aviones y barcos que pasaban. En la tienda hacían ejercicios, saltaban la cuerda y boxeaban para mantenerse en buen estado físico. La segunda noche de navegación, Denard reunió a los hombres bajo cubierta y, por primera vez, reseñó la misión. Mostrando mapas y fotografías detallados de la Gran Comora, explicó cuidadosamente la tarea y el objetivo de cada hombre.

A los diez días de zarpar de Las Palmas, cuando se encontraba a unos 25 grados de latitud sur, el Athenée cambió de rumbo. En lugar de dirigirse al oeste, hacia la Argentina, viró al sureste en dirección al Cabo de Buena Esperanza. En el Cabo el tiempo estuvo muy malo y la mayoría de los mercenarios se marearon.

En los estrechos meridionales del Canal de Mozambique, se trajeron a cubierta y se inflaron las embarcaciones de desembarco. Se distribuyeron las armas entre los hombres, pero no se probaron por temor de llamar la atención. Quedaban sólo dos días para llegar a la zona que era su objetivo. El viaje había tardado 28 días y los hombres estaban ansiosos por desembarcar.

El sábado 13 de mayo, poco antes de las dos de la mañana, el Athenée detuvo sus motores a unos dos y medio kilómetros de Moroni. Ninguno de los hombres había podido dormir esa noche. A las 9 habían tomado una comida ligera. Dos días antes Denard había prohibido el vino. Una vez más estudió los mapas y las fotografías con los líderes de pelotón. Explicó que si las cosas no iban bien, los hombres debían volver al barco antes del amanecer para que pudieran zarpar sin ser vistos. Estaba entendido que los muertos y los heridos graves quedarían abandonados. Denard guardó los mapas y dijo a los hombres que si hacían exactamente lo que se les había dicho se apoderarían de las Comoras al alba. Les deseó suerte, sonrió, empezó a decir algo más, se interrumpió y salió cojeando de la habitación. Los mercenarios, sentados a las mesas, fumaban en silencio. Pasada la medianoche se reunieron en la cubierta de babor para mirar la oscura forma de la isla que se iba

acercando. Las portillas del Athenée estaban tapadas y las únicas luces visibles eran los tres pequeños faros del muelle de la bahía de Moroni. Denard miró hacia la costa y pensó en Benin.

Era una noche oscura, sin luna. El tiempo era bueno, y se esperaba un día soleado y seco. El equipo de asalto se había acomodado sobre la cubierta antes de la salida del sol. Los 46 hombres aguardaban impacientemente, con ropa negra de combate y gorros azules de lana bien encasquetados. Cada uno llevaba un bolso de lona con suministros médicos y municiones (100 cartuchos por hombre). Los mercenarios estaban divididos en grupos; cada jefe de grupo llevaba señales luminosas y un transmisor-receptor portátil. Las señales luminosas no se utilizarían a menos que los transmisores dejaran de funcionar: una señal indicaría éxito; dos, resistencia limitada; tres, retirada inmediata.

Durante más de una hora, nadie dijo una palabra. A las dos en punto, se bajaron suavemente las tres embarcaciones de asalto y los mercenarios se deslizaron a bordo, a razón de unos 15 hombres por embarcación. Las embarcaciones giraron y enfilaron sigilosamente hacia la costa, una detrás de la otra, a fin de que, en caso de ataque desde la costa, sólo pudiera ser alcanzada la embarcación que iba adelante. Casi inmediatamente, se desviaron de su curso y tuvieron que ajustar su dirección. Diez minutos más tarde, por encima del suave murmullo de los motores amortiguados, Denard oyó las olas que rompían sobre la playa de Lagengete y, más allá, pudo divisar en el cielo, vagamente, la forma masiva del volcán Karthala. Casi había llegado.

Junto con Denard en la primera embarcación, Zodiac, estaban los cuatro miembros de su grupo de choque, los únicos mercenarios con la cara maquillada de negro. Al acercarse a la playa, saltaron del bote, vadearon hasta la costa y luego se desplegaron y atravesaron la playa corriendo, listos para enfrentar cualquiera resistencia. No había nadie en el viejo bar de Lagengete, que estaba cerrado y abandonado desde hacía varios años. Tampoco había nadie en la pequeña mezquita blanca del otro lado de la carretera costera. El jefe del grupo regresó a la playa e hizo una señal a las embarcaciones de asalto para que avanzaran. A las dos y media de la madrugada, los mercenarios se hallaban en la playa, preparados para entrar en acción.

Reinaba el silencio. Uno de los mercenarios cruzó la carretera costera y cortó las líneas telefónicas de comunicación con el palacio. Luego, los hombres se dividieron en grupos. Once hombres dirigidos por Denard atacarían el palacio. El segundo grupo, de 22 hombres, se dirigió hacia el norte por la carretera costera en dirección del campamento Voidjou, el principal cuartel del ejército, situado a unas tres millas de distancia. Cinco mercenarios se apostaron en los cruces de los caminos al palacio y las carreteras costeras, a fin de interceptar a los automóviles o peatones que pasaran por allí. Tres mercenarios quedaron encargados de custodiar las embarcaciones de asalto; dos de los otros permanecieron a bordo del Athenée.

El palacio estaba en las faldas de un empinado cerro, a casi una milla de distancia. Denard iba a la cabeza; los demás hombres lo seguían en fila india. Denard, debido a la pierna lesionada, hallaba difícil el ascenso y sabía que estaba

/...

entorpeciendo la marcha de sus hombres. A mitad de camino encontraron un borracho y le ordenaron que volviera a su casa. Gimoteando y dando traspiés, el hombre se ocultó en los arbustos a la orilla del camino.

Un poco antes de llegar al palacio, al doblar una curva del camino, estaba la gendarmería. Había dos centinelas apostados afuera, uno de ellos dormido. Al aproximarse los mercenarios a la puerta principal, resonó una andanada de disparos procedentes de la garita del centinela, pero ninguno de los mercenarios resultó herido. Cuatro de los mercenarios vaciaron sus armas, pero no consiguieron herir a ninguno de los dos guardias. El centinela dormido se despertó y apuntó con su rifle Koleshnikov al capitán Gerard, pero el arma se encasquilló y el mercenario lo abatió a balazos. El otro centinela emprendió la huida, pero fue derribado antes de llegar a la puerta de la gendarmería.

Entonces los cinco mercenarios que aguardaban en la encrucijada subieron velozmente el cerro. Montaron guardia en la gendarmería mientras Denard y sus hombres continuaban el ascenso hasta el palacio. Al llegar a la segunda curva del camino, oyeron un auto que descendía lentamente. Pronto apareció un viejo Citroën con los faros apagados. Denard le hizo señas de que se detuviera, pero el vehículo continuó avanzando hacia ellos. Denard abrió fuego, destrozando el parabrisas; el Citroën se salió del camino y fue a estrellarse contra un árbol. Había sólo un pasajero, el conductor, que resultó muerto. Al día siguiente, Denard se enteró de que el muerto era el torturador principal de Ali Soilih. Los mercenarios continuaron subiendo el cerro.

Al doblar la última curva del camino se hallaba el palacio. Estaba enteramente desguarnecido y las habitaciones del piso superior se encontraban iluminadas. Los doce mercenarios se desplegaron en abanico, cruzaron el espacio abierto e irrumpieron por la puerta principal. Denard fue el primero en entrar en el gran salón de recepciones del palacio, ubicado en el segundo piso. Ahí, sentado en uno de los sofás, estaba Ali Soilih. Se encontraba vestido, pero a cada lado tenía una asustada jovencita semidesnuda. El Jefe de Estado se había quedado dormido, pero, al escuchar los disparos, se había levantado y vestido; ahora aguardaba. Oponer resistencia hubiera sido inútil; sus dos batallones principales se hallaban en la lejana isla de Anjouan y, por consejo de uno de sus generales, había reducido la guardia palaciega una semana atrás. Sospechando una treta, Denard examinó la habitación pistola en mano, pero no había nadie, excepto Ali y las dos jovencitas. Denard encañonó con su arma a Ali. "¿Te acuerdas de mí?" le dijo. "Sí," respondió el Presidente. "Eres el único hombre que me podría haber hecho esto".

Poco después de las tres de la mañana, se oyó, procedente de Camp Voidjou, un sonoro y repetido tableteo de rápidos disparos. Veintidós mercenarios habían atacado los cuarteles del ejército y habían encontrado escasa resistencia. Los guardias habían sido sorprendidos y estaban atemorizados. Seis de ellos habían resultado muertos en el primer asalto. De los cuarteles se habían hecho disparos esporádicos, que habían cesado cuando el comandante Guy Cardinal había advertido a los soldados que, si no salían, recurrirían al lanzallamas. El comandante no tenía lanzallamas, pero, momentos después, se rindieron unos 40 soldados comoranos. Los mercenarios no sufrieron una sola baja. Poco después de las cuatro de la mañana,

el capitán Gerard lanzó una luz de bengala para que sus compañeros a bordo del Athanée supieran que la misión había tenido éxito.

Los mercenarios controlaban ya el palacio, la gendarmería y el campamento Voidjou. Se habían apoderado de las oficinas de correos y telégrafos situadas en la plaza del pueblo, del aeropuerto y de la estación de radio ubicada en el lado meridional de Moroni. Al alba, unas 200 personas ascendieron el cerro para encarnecer a Ali Soilih, prisionero en palacio. Los mercenarios se reagruparon en la plaza del pueblo, dejando cinco hombres para montar guardia en el palacio y diez en el campamento Voidjou. Al despuntar la aurora en la pequeña capital de la isla, grandes multitudes de comoranos se apiñaron en las calles agitando pañuelos y dando confusas voces de alegría. Sus gritos se asemejaban al balido de las cabras.

A las nueve y media de la mañana, Denard telefoneó a Ahmed Abdallah en París y le dijo que ya podía regresar. En París, Abdallah anunció inmediatamente a la prensa que los dirigentes del golpe le habían pedido que volviera a su patria y ayudara a formar un gobierno que tuviera buenas relaciones con Francia. Denard no dijo al nuevo presidente que los mercenarios ya se habían apoderado del tesoro nacional, en el que habían encontrado únicamente 16.000 dólares, ni mencionó que estaban interrogando a Ali Soilih para que revelara el paradero de los bienes nacionales.

Más o menos una hora más tarde, René, el cocinero, llevó a tierra a Raki, su perro belga alsaciano. Rápidamente corrió la voz de la llegada del perro. Mientras René y el perro atravesaban la playa de Lagengete, multitudes delirantes se apiñaban a lo largo de la playa aplaudiendo la encarnación de la predicción del hechicero. Sin tener consciencia de su importancia, Raki perseguía a las gaviotas entre las olas.

A las once de la mañana, Robert Denard hizo una breve declaración por la radio nacional. Comenzó por presentarse como coronel Said Moustapha Mouhadjoy y dijo a sus oyentes que para abreviar, podían llamarlo Coronel Papa (Mouhadjou es un nombre típico comorano, el nombre del árbol más grande de la isla; denota el deseo de vivir hasta una edad avanzada). El Coronel Mouhadjou aseguró al pueblo que Ali Soilih estaba prisionero y que se había creado un nuevo directorio políticomilitar.

El Coronel Mouhadjou reconoció que no era comorano de nacimiento, pero señaló que se sentía comorano de corazón. Con ese fin, había abrazado la fe musulmana y se proponía quedarse para siempre en las Comoras. "Ya soy viejo", dijo. "Este año cumpliré 50 años. Estoy cansado, y deseo cambiar mi vida. Quiero establecerme aquí, tomar una esposa comorana, una mujer joven y hermosa, como todas las mujeres comoranas". Su esposa congoleña continuaba viviendo en Burdeos. El Coronel invitó a las jóvenes que no estuvieran comprometidas a que se presentaran para que las conociera. Concluyó diciendo que la nueva república retornaría a la normalidad en unos pocos días y pidió a sus súbditos que se mantuvieran en calma. Al terminar Denard su discurso, el locutor puso el disco del Himno Nacional Comorano, el mismo que se había venido poniendo durante cuatro años. Contra lo habitual, esta vez no se quedó atascado entre el segundo y el tercer verso.

IV

No es fácil ser rey, especialmente cuando el reino está arrasado y en bancarrota. Pero Robert Denard era hombre obstinado. Cumpliría su deber.

Y así, durante las primeras semanas de su reinado, Denard y sus técnicos se dedicaron a hacer marchar las cosas. Sus hombres ocuparon puestos tales como el de jefe de seguridad, director de inmigración, jefe de vigilancia de las telecomunicaciones, director de prisiones. El mismo Denard era jefe de policía y comandante del ejército. Limpiaron las calles. Blanquearon con cal los escandalosos letreros revolucionarios que el régimen de Ali había pintado en las mezquitas y en las paredes de la ciudad. Quitaron la estrella roja de los dos viejos DC-4 de Air Comores. Pusieron a un centenar de miembros del Comando Moisé, el hijo de Ali, a sus ministros y torturadores a trabajar en las calles como braceros comunes. Liberaron a 300 presos políticos, aunque en los primeros meses fueron encarcelados otros 50. Denard impuso un toque de queda durante toda la noche y prohibió los viajes entre las islas. Pronto volvió a haber orden y disciplina. Denard se sentía extraordinariamente satisfecho.

Dos semanas después del golpe, Ahmed Abdallah volvió a las Comoras. Aunque estaba feliz de haber regresado a su patria, a la hora sus liberadores empezaron a causarle grave preocupación. Denard estaba jubiloso, y le decía a su cómplice: "Al fin he triunfado". Abdallah observó que sus subordinados llamaban a Denard "el presidente No. 1" y a su gobierno democrático un "directorio político-militar"; a lo largo de la carretera entre el aeropuerto y la residencia de verano de Abdallah, se habían apostado multitudes que lanzaban vítores y muchas personas llevaban camisetas que ostentaban el nombre de Robert Denard.

Ese mismo mes, en una sencilla ceremonia en la pequeña mezquita junto al mar, Denard abrazó solemnemente la fe musulmana. También tomó una esposa, la misma Mazna que había sido compañera de Ali Soilih. La hermosa muchacha de veinte años aceptó su propuesta de matrimonio inmediatamente. Prefería con mucho el matrimonio con Denard a vivir en pecado con Ali Soilih. Mazna fue la primera de las tres esposas que Denard tomó aquel mes y el feliz cuarteto se trasladó a una gran casa detrás del Hotel Karthala.

A pesar de que se lo interrogaba a diario, Ali Soilih se negaba a hablar. Se negaba a hablar de lo que fuera. Denard lo visitó varias veces en su cárcel-palacio, pero en respuesta a sus preguntas, en particular las tocantes al paradero de su caudal de oro escondido, Ali Soilih se encogía de hombros y se volvía de cara a la pared.

El 28 de mayo, a las tres de la mañana, Josef, el joven camarero del bar del Hotel Itsandra, al servir un Ricard a un ministro subalterno, oyó dos pistoletazos secos en algún lugar de las montañas. Media hora más tarde entraba en el bar uno de los mercenarios. "Hemos matado al asesino", dijo. Al día siguiente se anunció que Ali Soilih "había muerto de un tiro cuando intentaba escapar". Se decretaron 40 días de celebración en la Gran Comora. Tiraron el cadáver de Ali Soilih en la parte trasera de un Land Rover. Lo cubrieron con una sábana de manera que

solamente se veían los pies, que colgaban hacia fuera y lo condujeron por las concurridas calles de la capital. La gente de la ciudad bailaba detrás del Land Rover, al son de tambores improvisados y entre risas estridentes.

Entrada la tarde, Denard y seis mercenarios armados tomaron por el escarpado y accidentado camino que conduce a Chaoueni, el pueblo de la madre de Ali Soilih. Los mercenarios iban de uniforme, no con el uniforme negro de batalla, sino con los uniformes azules del ejército de las Comoras. Denard, colocando el cadáver de Ali Soilih en una camilla en el suelo, dijo a la anciana de 81 años, madre del dictador: "Ahí tienes a Ali Soilih". La anciana, sus amigos y parientes, se congregaron en torno a la camilla y rompieron en llanto. Había dos limpios orificios de bala en el pecho de su hijo.

Esa mañana, por radio, el gran muftí comunicó a los fieles que había prohibido que se celebrara la ceremonia funeraria tradicional musulmana en honor de Ali Soilih, para que no pudiera entrar en el paraíso. Pero de todas maneras la madre del dictador enterró a su hijo en el patiecillo situado al frente de su casa con todo el ritual musulmán. Sólo hay una lápida pequeña, cuadrada, blanqueada con cal, que indica el lugar en que yace. A alguien se le ocurrió garabatear en el cemento fresco el nombre de Ali Soilih. Lo inscribió con errores.

Denard olvidó la muerte de Ali, pues tenía otras preocupaciones más apremiantes. La revuelta lo amenazaba tanto dentro como fuera del reino. En el plano interno, Ahmed Abdallah se sentía cada vez más disgustado porque se lo consideraba un subordinado de Denard. Y en el extranjero, en julio, en una conferencia en la cumbre de la Organización de la Unidad Africana celebrada en Jartum, se expulsó a los delegados comoranos y hubo prominentes dirigentes africanos, indignados porque una nación africana estuviera bajo el control de un mercenario blanco, que amenazaron con boicotear la Asamblea General de las Naciones Unidas si la delegación de las Comoras hacía uso de la palabra. En su estilo acostumbrado, Idi Amin amenazó con invadir las Comoras. "No sé qué molesta tanto a los africanos" dijo Denard. "Por lo menos ahora saben dónde estoy. Si me expulsan, desapareceré y ¿quién puede decir dónde volveré a aparecer?" Pero no se veía excesivamente preocupado. "Si el pueblo comorano quiere que me quede" - dijo - "se necesitarán 10.000 cubanos para expulsarme".

A fines del verano surgieron otros problemas de una fuente inesperada: sus 45 técnicos. Sólo uno de ellos, Henri Theroux, un estudiante fracasado de odontología, había seguido el ejemplo de su caudillo y abrazado la fe musulmana. El mercenario rubio de largos bigotes tomó el nombre de Abdul Raffir (servidor de Dios) y una esposa comorana.

Pero el resto de los hombres de Denard no se habían dejado seducir tan fácilmente. Los habían atraído a las Comoras con promesas de aventuras, dinero y hermosas y exóticas muchachas. Pero había habido poca acción; para agosto, el dinero escaseaba y, en cuanto a las muchachas, se habían relacionado con muchachas más hermosas en las callejuelas de Montmartre. Al comienzo, las Comoras resultaban mejor que el desempleo o la necesidad de conducir taxis por Motparnasse, pero ahora los hombres empezaban a sentirse descontentos y aburridos. Ese verano lo pasaron en La Rose Noire bebiendo vino aguardo y hablando tediosamente de regresar.

Hacia el término del verano, sólo quedaba la mitad de la fuerza de asalto original. Los reemplazaron nuevos reclutas y, cuando partieron, se les dieron pasaportes diplomáticos comoranos. Sus pasaportes franceses no se timbraron de manera que nadie supiera nunca que habían estado en las Comoras. Denard quedó descontento y acusó a los que eludían el trabajo de falta de disciplina. Pero en realidad no tenía tiempo para pensar. Era un hombre muy ocupado. Tenía que gobernar un reino.

A fines del verano, podía verse en todas partes de la isla. Vestía un nuevo uniforme azul del ejército comorano y paseaba por Moroni conduciendo un nuevo Citroën negro CX 2000. El Citroën, como su esposa, había pertenecido a Ali Soilih.

Hacia ya cuatro meses que Denard ejercía el control sobre las Comoras y las islas seguían casi igual que siempre. Se hacía poco o nada. Hasta los problemas menores parecían requerir una decisión del gabinete. Casi toda la población era analfabeta y carecía de empleo. Nadie quería trabajar para el Gobierno, porque todos sabían que no tenía fondos. Nada funcionaba como debía. Era el tipo de lugar en que siempre llueve en la estación seca.

A mediados de septiembre, Ahmed Abdallah y su copresidente, Mohammed Ahmed, fueron convocados a París para celebrar conversaciones con Giscard d'Estaing. Ali Soilih había constituido un problema suficiente para Francia, pero ahora, molesto porque las naciones africanas amigas lo acusaban de aplicar una diplomacia de caño-nera y de neocolonismo, París decidió negociar. Las autoridades gubernamentales consideraron que, costara lo que costare, las Comoras deberían permanecer en la esfera francesa y, en caso necesario, el propio Denard tendría que partir.

V

Hacia varios días que yo estaba en las Comoras cuando regresaron de París los dos presidentes. Nadie, ni siquiera los comerciantes locales, los ministros subalternos o los propios mercenarios sabían lo que estaba ocurriendo. Sólo sabían que se había tomado una decisión en París que iba a afectarlos a todos. Los presidentes fueron recibidos en el aeropuerto por Denard y sus hombres. Se observaron las formalidades militares de costumbre.

A la mañana siguiente, visité al Presidente Ahmed Abdallah en su residencia de verano. El Presidente llevaba la cabeza cubierta con un birrete blanco y vestía traje azul con una corbata roja y gris de regimiento. Sirvió Naranja Fanta y Coca Cola. Había dos guardias armados del lado de afuera de la puerta. El Presidente explicó pacientemente que Denard y sus técnicos tendrían que partir de las Comoras. El lo había decidido y tenía la confianza de un hombre que ha recibido de Francia sus energéticas seguridades. "El Coronel Denard no tiene título ni cargo oficial alguno en este Gobierno" - dijo. "Ninguno. Jamás lo tuvo. Le estamos muy agradecidos. Y será siempre bien recibido si regresa ... como turista". El Presidente sonrió y encendió un cigarrillo. "¿Se sirve más Naranja Fanta?" - preguntó.

El Presidente pasó a explicar que en una semana se celebraría un referéndum nacional para ratificar la nueva Constitución de las Comoras. La Constitución se había publicado el día anterior. Señalé que solamente el 15% de la población sabía leer y escribir. El Presidente dijo que lo había tomado en cuenta. Había ordenado que todos los días se leyeran fragmentos de la Constitución por la radiodifusora nacional. El Presidente dijo que no sabía cuántas radios tenía su pueblo.

Esa misma tarde, el capitán Gérard me pidió que fuera a la gendarmería nacional. Me dijo que el coronel tenía algo importante que decir. En la gendarmería, Dennard estaba sentado detrás de su escritorio con un esbozo de sonrisa en los labios y los ojos azules muy calmos y fríos. Vestía uniforme - el brazalete de pelo de elefante en su muñeca, la pistola a su lado, el emblema de las tropas de paracaidistas y las cinco bandas de su insignia militar sobre el pecho.

"Cuando vine aquí, un hombre como yo", dijo, "vine porque quería hacer algo concreto. Esta era una promesa que me había hecho a mí mismo. Estoy orgulloso de lo que hago. Yo y mis hombres somos hombres libres que decidimos por qué bando queremos luchar. No me avergüenzo de ello. Hacer algo contra la propia naturaleza no es nunca una solución. La obsesión que tiene Africa conmigo me halaga. Me llaman el lobo del Océano Indico y los países progresivos deben estar contentos de que yo esté aquí y no en otra parte. Lo que he hecho, lo he hecho de acuerdo con mi conciencia. Jamás he traicionado a mi país".

Cuando salga para Burdeos, sólo dejaré tras de mí las piedras. No he venido a saquear. Por el contrario, he pagado para venir. No acepté el sueldo de un mercenario, sino el de un trabajador. Me unían lazos de afecto a las Comoras y a mis amigos de aquí, la mayoría de los cuales estaban en la cárcel. Quería liberarlos, liberar el país, y lo he hecho. Les he dado paz y dignidad.

"Sí, dejaré a mis esposas aquí" - dijo - "porque, de lo contrario, también partiría de aquí mi corazón. Dios sabe que yo quería quedarme, pero la virtud de un buen jefe consiste en sacrificarse por todo lo que ama. Realmente yo deseaba quedarme. Este es el lugar que me corresponde". Denard se encogió de hombros y miró para otro lado. "Bueno" - dijo - "no está prohibido soñar".

Tres días más tarde, en el pequeño aeropuerto de la Gran Comora, hubo una ceremonia pública. Una gran multitud de comoranos llenó por completo el techo del aeropuerto. El Presidente Ahmed Abdallah, su copresidente y todos los ministros del Gabinete se hallaban presentes. Montaban guardia unidades selectas del ejército comorano. Los mercenarios iban de civiles. Sin su uniforme, Denard se veía corriente, vulnerable. Tenía la cara rígida y sin expresión. Tres niñas le entregaron ramos de flores y colgaron guirnaldas al cuello de sus hombres. Las tres esposas de Denard, a cierta distancia, se llevaban los pañuelos a los ojos. Denard no las miró. Al aplauso de la multitud, el Presidente Abdallah confirió al Coronel Denard el título de héroe nacional. La banda militar tocó el himno nacional comorano. Y, como era la estación seca, comenzó a llover.

GRAND COMORO

Grand Comoro island is the largest of four in the state. The capital and presidential palace are at Moroni. Denard began his coup by landing at Lagengete Beach. The inset below shows the islands' position between Madagascar and Mozambique as well as locations of Denard's other African adventures, which took him in the Sixties from Morocco into Angola, Senegal, the Congo (now Zaire), and Gabon, the center of his exploits.



● CAMP VOIDJOU
● LAGENGETE BEACH

● MORONI

● ICONI

● CHAOUENI